

La ternura de Galdós

En las admirables cuartillas que leyó el domingo en Toledo, al pie de la lápida que conmemora la gestación de «Angel Guerra», dijo Pérez de Ayala, que el rasgo más saliente de Galdós, dentro de su fisonomía moral, había sido su amor a la justicia: a la justicia cotidiana, la más difícil de todas; a la justicia distributiva, al «*suum cuique tribuere*». Es cierto. Galdós fué un hombre justo: pero su justicia, precisamente para poder ser distributiva, cotidiana y constante, no era una justicia de Levítico ni de Pandectas, petrificada en leyes inexorables, sino una justicia blanda y sutilísima, que ante cada error y cada crimen humanos sentía la necesidad de dictar su ley. Y esta ley de Galdós, aplicada particularmente a cada «caso», tenía siempre en cuenta la relatividad de las otras leyes y de todas las morales y el tanto de culpa—inmensa—de la vida pretérita en las turbulencias y crueldades de la vida presente.

Galdós no podía condenar nunca «del todo». Encontraba siempre un motivo para perdonar o compadecer. No era vindicativo, ni despótico. Castigaba a disgusto. Habría querido que todos sus personajes fuesen «buenos» y por eso trataba con cariño hasta los «malos». Galdós era siempre el padre de sus criaturas, jamás su enemigo. El luchaba contra las costumbres, las ideas y los prejuicios de las instituciones putrefactas que envenenan la vida, pero no contra los receptáculos humanos de esos prejuicios y costumbres. Hubiera querido ponerle otra alma a «Doña Perfecta» e iluminar a todos los obscurantistas, ennoblecer a todos los villanos y poner discernimiento y gracia en toda la gente estúpida de sus libros. Como Balzac—mejor que Balzac—inventó un mundo, hallándolo en la realidad y transformándolo en su corazón, que era—dígase de una vez, a riesgo de sugerir sonrisas a nuestros Zarathustras—el de un hombre bueno, el de un espíritu religioso y cristiano, el de un redentor, que combate y muere dulcemente, y no el de un reformador atrabiliario, que destruye gozándose en destruir.

Precisemos: Galdós no era un egoísta, ni un egotista, ni un ególatra, sino todo lo contrario. Era generoso, bondadoso. Por eso, habiendo luchado tanto con sus novelas y sus dramas por las ideas grandes, tuvo tanto piedad por los hombres, que son tan pequeños... Tan pequeños, que para

hacer uno mayor—en maldad o en santidad—hacen falta una serie de generaciones que vayan destilándolo y un conjunto de circunstancias que faciliten su aparición.

Don Benito no dejó de reflejar en sus libros a algunos de esos «héroes», de esos hombre cumbres, como se dice ahora. Pero prefería crear sus héroes propios, esculpir con barro de la vida las figuras de «su humanidad». En esto estaba el toque, la gracia y el milagro: ese milagro de ternura, de hondura amorosa, de cordialidad, que se produce en cualquier obra del maestro, y que se explica con esta breve reflexión: «Don Benito no odiaba, no sabía ni podía odiar».

Toda su vida es amor. Amor a España en sus «Episodios», en sus novelas y sus dramas. Amor a la vida, dividido y subdividido en sus amores a Madrid y a Toledo, a la gentecilla de tres al cuarto, y a los curas pobres, a las menestras y a los cesantes.... Amores de abuelo. ¿Quién ha pintado a los niños como Galdós? Nadie en España ni en el mundo. Los niños de Galdós viven, juegan, sufren, crecen o mueren con una realidad tan honda, que al ser padres nosotros la comprobamos en los nuestros.

Ahora bien: un escritor que sabe pintar chicos es un escritor en quien predomina la ternura. En esta España de nuestros amores y nuestros dolores, donde son tan frecuentes los escritores secos y esquinados y los biliosos y los fríos, conviene erigir en arquetipo la imagen literaria de Galdós. Las torres de marfil concluyen por quebrarse. Una obra amorosa, de fondo cristiano, como la de Galdós, tiene asegurada la inmortalidad. Por si fuera poco, la ternura no excluye la fuerza del estilo ni la cimentación y fábrica robusta de la obra. No vaya a tomarse por un abuelito feble y tembloroso a quien fué, y sigue siendo, el titán de las letras españolas contemporáneas...

ALBERTO INSUA

(*La Voz*, Madrid).

La Vida

EL POBRE DE LA TAPIA.

Las monedas de cobre que va guardando este mendigo de la pierna vendada son numerosas. Las he apuntado alguna tarde, como el que apunta las

jugadas felices o las veces que sale el 5, por ejemplo. De vez en cuando las besaba para que se notase que no era avaro; después, cuando se veían demasiadas sobre el trapo blanco, se las guardaba en bolsillos de fondo inencontrable.

Saludaba sin parar; pero su saludo se veía destacado ante cada uno de los que pasaban, como saludo único, sólo a ellos, especialmente convencido cada uno de que es saludo al que adivinan protector y magnánimo. Hay que avalor esos saludos, aunque se sienta uno un poco apático, porque sino después son saludos incontestados e impagados que flotan en el recuerdo como las cosas incumplidas e insatisfechas.

DOS IMPROMPTUS.

En las botellas de cerveza quedan a veces, después de haberlas vaciado, unos glóbulos de aire, unas pompas vanas, que son como el alma del líquido escanciado.

Ya no existen aquellos doctores que observaban la garganta del paciente sosteniendo la lengua con el mango de una cuchara. Por eso lo primero que pedían aquellos doctores era «Venga una cuchara», y hacían esa distinción tan médica: «De las de café, no. De las de sopa».

BANQUEROS

En Portugal, por ejemplo, se escribe más el título de Banqueros que el Banco en el frontispicio de muchas casas de banca. Aquí se escribe casi siempre Banco, como si no se atreviese nadie a titularse banquero.

Realmente, es un título ostentoso y temible ese de «banquero».

Don Fulano de Tal, banquero, es un señor opulento, enlevitado, con una cartera de cuero viejo y reblanqueado en sus extremos, un señor opulento que saca de ella billetes franceses, ingleses, españoles, y que paga siempre con un billete de cincuenta pesetas, por lo menos.

Aquí, los banqueros se disimulan, no quieren que se les vea, no quieren ostentar su título.

Todo esto es lo que he pensado al leer ese telegrama que ha publicado la Prensa, de que habían sido detenidos varios banqueros en la calle lisboense de «os capitalistas».

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(*El Sol*, Madrid).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.